


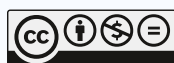
* Diego Pereira Ríos, 42 años, uruguayo. Profesor de Filosofía y Religión en Enseñanza Media (Uruguay), Maestrando en Teología Latinoamericana UCA, El Salvador”, docente de teología en la Escuela de Teología para Laicos “San Juan Eudes” (Quito-Ecuador). Miembro de Amerindia Uruguay, miembro de la RED CREA Cómplices Pedagógicos para América Latina, miembro del Proyecto “Filósofos de la vida” (Medellín-Colombia), miembro de la Comunidad Bremen – Marcelo Barros (Brasil), escritor en Religión Digital (España) y en Amerindia en la Red. Libros de su autoría: “La fuerza transformadora de la esperanza” (Nueva Visión, 2016), “En un camino liberador desde el Sur” (Rumbo, 2020), “Teologías para um cristianismo libertador” (Senso, Agosto 2021).

E-mail: pereira.arje@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-2202-915X>

Recebido em 01/11/2021

Aprovado em 23/05/2022



Este artigo está licenciado com a licença: Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License.

LO (NO) DICHO Y (SÍ) PENSADO

respecto a la enseñanza de la teología desde la perspectiva del laico¹

THE (UN) SAID AND (YES) THOUGHT

about the learning of theology in the perspective of the laity

O (NÃO) DITO E (SIM) PENSADO:

sobre o ensino da teologia na perspectiva do leigo

*Diego Pereira Ríos**

Resumen: La intención de este trabajo es remover lo que está en la mente de muchos pero que poco se revela en las palabras de la mayoría, acerca de la enseñanza de la teología dentro de la Iglesia. Por eso es una invitación a jóvenes académicos hasta teólogos y teólogas de larga trayectoria, a cuestionar el formato actual de la enseñanza de la teología, procurando crear posibilidades reales para todo laico o laica que sienta el llamado a servir en la iglesia por este camino, para que pueda efectivamente hacerlo. Son muchos y muchas los/as que quisieran estudiar teología pero no pueden por las exigencias del mundo del laico. Esto limita la teología a sacerdotes, religiosos y religiosas que tienen muchas veces los medios económicos y un estilo de vida que se los hace posible. En la historia de la Iglesia casi siempre fueron personas consagradas quienes colaboraron con la doctrina cristiana, la espiritualidad, la ética; pero en el mundo actual –de falta de vocaciones sacerdotales y mucha deserción, de crisis en la vida religiosa, de sinodalidad- hace falta brindar a la mujer y el hombre laicos, mejores oportunidad de estudiar teología a nivel profesional. Si hablamos de injusticia, necesitamos comenzar por la enseñanza misma de la teología.

Palabras-claves: Teología, Enseñanza, Laicos, Jerarquía, Justicia.

¹ Este trabajo no contendrá citas de otros autores o autoras. Esto es por una elección del autor de alcanzar una transparencia de intención que pueda revelar lo que piensa acerca del tema en cuestión. Con ello queremos ser coherentes con el planteo de fondo: hacer teología implica el estudio, la reflexión pero también el desafío de decir lo que creemos que Dios nos revela y que necesita ser dicho de la forma más clara posible. El objetivo de este escrito es que pueda ser leído por cualquier persona interesada en estudiar teología y perciba claramente las dificultades que tenemos los laicos.

Abstract: The intention of this paper is to awaken what is in mind of many people, but is little revealed in the words of most, about the teaching of Theology in the Church. Therefore, it is an invitation to young academics and even to experienced theologians to question the current format of theological teaching, looking to create real possibilities for any lay person who feels called to follow the Church in this way, and that it is actually done. There are many who would like to study Theology, but can not because of the demands of the lay world. This limits Theology to priests and religious who often have the economic means and a lifestyle that allows them to do so. In the history of the Church, it has almost always been consecrated persons who have collaborated with Christian doctrine, spirituality, ethics; but in today world – with a lack of priestly vocations and many desertions, a crisis in religious life, synodality – it is necessary to offer lay men and women better opportunities to study Theology at a professional level. If injustice is spoken of, it must begin with the teaching of Theology itself.

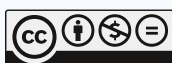
Keywords: Theology, Teaching, Lay People, Hierarchy, Justice.

Resumo: A intenção deste trabalho é despertar o que está na mente de muitos, mas que é pouco revelado nas palavras da maioria, sobre o ensino da teologia dentro da Igreja. Portanto, é um convite aos jovens acadêmicos e mesmo aos teólogos experientes de questionar o formato atual do ensino teológico, procurando criar possibilidades reais para que qualquer pessoa leiga que se sinta chamada a servir à igreja desta forma, e que seja feito de fato. Há muitos que gostariam de estudar teologia, mas não podem por causa das exigências do mundo do leigo. Isto limita a teologia aos padres e religiosos que muitas vezes têm os meios econômicos e um estilo de vida que lhes permite fazer isso. Na história da Igreja, quase sempre foram pessoas consagradas que colaboraram com a doutrina cristã, espiritualidade, ética; mas no mundo de hoje - com falta de vocações sacerdotais e muitas deserções, crise na vida religiosa, sinodalidade - é necessário oferecer aos leigos homens e mulheres melhores oportunidades para estudar teologia ao nível profissional. Se falarmos de injustiça, precisamos começar com o ensino da própria teologia.

Palavras-chave: Teologia, Ensino, Leigos, Hierarquia, Justiça.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo intentamos hablar de lo que todos sabemos y muy pocos dicen acerca de la enseñanza de la teología y sus posibilidades para el hombre y mujer laicos, sean jóvenes o adultos. En la práctica pastoral los laicos siguen sintiéndose inferiores a los sacerdotes, teniendo un carácter marcadamente subalterno, donde la pasividad es su rasgo distintivo y su actividad está sujeta a la necesidad de la comunidad, pero que se define en la decisión personal de los pastores. Poca incidencia tenemos en las decisiones de las diócesis a la hora de nombrar pastores o responsables de funciones específicas de la Iglesia, donde se asigna a la gracia sacramental recibida en la ordenación, el carácter de “maestro en la fe” y de “gobernantes”, a muchos sujetos que no tienen ni la formación suficiente para serlo ni las cualidades humanas. En varias oportunidades los laicos estamos mejor formados y muchos poseemos por naturaleza



la capacidad de inteligir mejor la fe y enseñarla, lo que replicaría en una mejor eclesiología, mucho más sinodal. Por eso toda persona que se sienta llamada al estudio y la producción teológica debe entender que es una cuestión de un deber con la humanidad y que podría enfrentarse a una concepción de Dios que quizá es errónea.

Debemos repensar la formación teológica que se sigue impartiendo en las universidades católicas, pues muchas veces son las que acogen a los hijos e hijas de las elites políticas, y coincide que seguramente sean los gobernantes del mañana, y que tienen la responsabilidad ante el pueblo y ante Dios de generar políticas equitativas que mejoren las condiciones de los más desfavorecidos. Por eso, apostar por una formación interdisciplinar, donde la teología se enseñe también en carreras de grado y posgrado de otras disciplinas, puede colaborar a sembrar la inquietud de dedicarse al estudio teológico, donde la enseñanza de los valores democráticos será fundamental. Pero sobretodo las carreras de teología deben preparar a sus estudiantes a prestar un servicio comprometido con la humanidad, pero que mantenga el talante profético de denuncia de las injusticias y de anuncio de la Buena Noticia, con una mirada crítica, encarnada, comprendiendo las diversas afecciones que sufre la vida de fe de todo ser humano que es atravesado por preocupaciones económicas, políticas, laborales, existenciales, sociológicas, culturales y no sólo religiosas o espirituales.

DE LAS DIFICULTADES DEL ESTUDIO TEOLÓGICO EN LA VIDA LAICAL

A la hora de hablar del estudio de teología dentro del mundo cristiano católico - y quizá un poco más en el mundo protestante - debemos reconocer varias dificultades que se nos imponen para que la teología de estos tiempos le hable al hombre y la mujer actuales, y le sea un insumo, al menos, para que cultive una mirada más amplia y profunda sobre la existencia humana, y que lo ayude a cuestionarse acerca de la idea aprendida de Dios confrontada con la experiencia de tantos y tantas que viven por y para la fe. Y no referiré en este punto a los problemas de orden académico-intelectual, o lo que hace referencia a ser un don-vocación donde alguien siente un llamado especial a la tarea teológica. No. Quiero detenerme en aspectos que muchos son capaces de percibir, pero que muy pocos los denuncian concretamente y que dificultan el estudio de la teología por parte de hombres y mujeres laicos/as que quieren dedicarse, y que muchas veces no pueden hacerlo. Esto me parece de orden primario si es que consideramos que la teología es una disciplina necesaria para la formación de cristianos que profundicen su fe en un mundo cada vez más complejo, y en una Iglesia cada vez más necesitada de repensarse para renovarse.

Desde el punto de vista de una teología laica - desarrollada por personas que no hacen votos de vida religiosa - que puedan estudiar hombres y mujeres de familia, esposas y esposos, madres y padres, jóvenes en situación de noviazgo, con una vida que implica estudio, trabajo, responsabilidades, crianza de hijos, etc.; considero que un gran desafío que no se toma en cuenta es el tema del financiamiento de los estudios teológicos. Hablamos del problema *económico*. Dentro del ámbito católico, las universidades, facultades o institutos de teología, mantiene unos aranceles en un nivel muy costoso para los ingresos medios que percibe un laico o laica. El costo de vida que permita llevar adelante una familia, la búsqueda de los ingresos mínimos que hacen posible una vida digna para que una familia se desarrolle también según el plan de Dios, es hoy un problema cada vez más acuciante. En este sentido, la gran mayoría de las universidades que ofrecen carreras para el estudio profesional de la teología, no tienen en cuenta esta situación. Hoy más que

nunca el laico debe estar en el mundo, allí es su lugar propio, y es allí donde debe ejercer la inteligencia de la fe que le impone ser un experto en humanidad. Humanidad que la aprende en el ejercicio de sus responsabilidades sociales y familiares con un maduro desarrollo espiritual y doctrinal.

Junto con el problema económico -donde insisto en el alto costo que implica para que un/a laico/a pueda estudiar- existe el problema del *tiempo* que se pueda dedicar al estudio. Sabemos que cualquier carrera profesional elegida por una persona tiene estos dos desafíos: el problema económico y el problema del tiempo de dedicación. Pero en el caso del estudio de la teología se revela un doble problema alrededor del tiempo: por un lado, porque son muy pocos los que pueden trabajar y vivir de la teología, ya que los salarios que se pagan por docencia y/o investigación siempre son bajos. Por otro lado, esta situación implica que la vocación teológica puede surgir en un tiempo de madurez de la persona y donde ya se tomaron las opciones más fundamentales (pareja, familia, hijos, profesión, trabajo). Por tanto, a la hora de plantearse el estudio de la teología se tiene que contar con el factor tiempo. Tiempo de estudio, tiempo de preparación, tiempo de reflexión, tiempo de investigación, tiempo de oración y meditación, tiempo de conocimiento del ser humano inserto en las realidades con todas sus complejidades. Y esto es lo que muchas veces nos falta a los laicos: tiempo. Las responsabilidades laborales y el tiempo que implica dedicarse a la familia, hace necesario ser un gran artesano del tiempo para aquellos que quieran dedicarse a la teología de manera profesional.

Si bien es verdad que la pandemia fue el gran impulso que necesitaba el mundo académico para dar el gran salto a los cursos virtuales, no podemos asegurar aún que esta sea la mejor opción para estudiar teología. Pero de alguna manera esta nueva modalidad de enseñanza es una posible solución para muchos laicos y laicas que no tienen las condiciones económicas y no cuentan con el tiempo necesario para dedicarse a la teología, tal como se sigue planteando su estudio hoy. Creo que aún hay que seguir resolviendo el problema económico, pues una licenciatura o una maestría, aún en modalidad virtual, sigue siendo costosa para la gran mayoría. Pero aun así vale el desafío y el esfuerzo. Porque ¿qué otra opción nos quedaría? Para los laicos/as que queremos dedicarnos a la teología, si no tenemos acceso para autofinanciarnos la formación, nos deberemos conformar con cursos eclesiales a modo de introducción al universo teológico. Los cursos pensados para los/as laicos/as en las diócesis casi siempre son apenas aproximaciones y con la idea de una utilidad práctica concreta en lo pastoral. Es una teología “rebajada con agua”. No hay un verdadero interés en la gran mayoría de la jerarquía, de que los laicos nos dediquemos de lleno al estudio de la teología profesional.

UN PROBLEMA MÁS AMPLIO: LA EDUCACIÓN FORMAL BÁSICA

El punto anterior refería al estudio teológico teniendo en cuenta que los laicos/as que quieran dedicarse a él, poseen una buena formación básica (primaria y secundaria) o al menos, que puedan demostrar poseer el manejo mínimo de las herramientas necesarias para un estudio universitario. Pero me quiero detener en cuanto a los requisitos necesarios para el estudio de la teología que exige un cierto grado de formación en un pensamiento crítico, en tener la capacidad de una reflexión profunda, de tener una cierto acopio memorístico, pero también de un pensamiento encarnado en la realidad del siglo que atravesamos. En la vida de toda persona estas capacidades son desarrolladas y potenciadas en el ámbito de la educación formal básica, sea pública o privada, que de alguna manera preparan al joven a proseguir con un estudio universitario. En esto percibo varios

problemas que, si bien no lo impiden, dificultan aún más el estudio teológico. Dentro de ellos tenemos: la mala formación en competencias propias para la teología, la formación en un paradigma positivista con el acento de las ciencias descuidando las humanidades, la mala formación filosófica, la de-formación religiosa que muchas veces sufren los adolescentes, incluso dentro de las instituciones confesionales; entre otras. Hablaré de algunos de ellos.

El pensamiento occidental que ha marcado nuestra forma de ser y de vivir, es heredero de un pensamiento eurocentrista con características que limitan la necesidad que tiene la teología hoy, de pensar la presencia de Dios en la historia concreta. La modernidad que ha dejado el individualismo, el intelectualismo, la primacía de las ciencias sobre las humanidades, junto con el pragmatismo, ha dejado de lado la filosofía como una disciplina fundamental en las cuestiones que dan sentido a la vida humana. No vemos aquí lo que se entendía en el medioevo sobre la filosofía como sierva de la teología (*ancilla theologiae*), sino que la filosofía posibilita un pensamiento cuestionador, disconforme, dubitativo, que posibilita siempre realizar nuevas preguntas ante las infinitas situaciones que la vida misma nos presenta. Sin esta enseñanza filosófica en la educación básica escolar cualquier adulto no tendrá un pensamiento crítico que le posibiliten un estudio teológico maduro y eficaz. Refiero eficaz aludiendo a la producción de conocimiento que colabore con el hombre y la mujer de este tiempo. Las clásicas preguntas metafísicas sobre el ser, el alma y Dios, deben ser actualizadas en un mundo cada vez más tecnológicamente digitalizado donde la vida se ha mecanizado de forma tal que unos hombres deciden la vida y el destino de muchos que no están ni siquiera preocupados por pensar. Ya no hay preocupación por lo que hay al final de la vida, sino que vivimos en el paradigma del “vivir el día” (*carpe diem*, dirían los romanos).

Por otro lado tenemos el problema de seguir viviendo bajo un *sistema-mundo* enmarcado en el neoliberalismo y un capitalismo que obligan a los sistemas educativos e instituciones, a cumplir con ciertos requisitos impuestos por el mismo sistema, si es que quieren sobrevivir. Esta sobrevivencia tiene que ver con la formación de sujetos que sean la mano de obra productiva que le sirva. Sean instituciones públicas o privadas las exigencias son las mismas. Es el sistema capitalista que prepara personas para que dicten desde el lugar de “expertos” los planes educativos, que impulsen nuevas corrientes, que elaboren las herramientas, que planteen las exigencias y las reformas necesarias que siempre están a favor del sistema y no del ser humano. Por eso las instituciones educativas no tienen mucha libertad en favorecer la formación integral de su alumnado, con un gran descuido de la dimensión religiosa o el sentido de trascendencia, pues la exigencia recae sobre el aprendizaje de las disciplinas que capacitan al sujeto para cumplir su función dentro de la sociedad. Esto limita desde la más corta infancia el horizonte existencial de los sujetos y las sociedades.

Sin duda que, países que poseen un más arraigado *secularismo*, hay una preocupación mayor por esta enseñanza en el ámbito público, pero el sistema educativo privado no escapa a esta situación, incluso las instituciones educativas confesionales. Esta es mi mayor preocupación pues, bajo el discurso de ser escuelas o colegios religiosos, muchas instituciones no tienen ni el personal formado para la enseñanza religiosa adecuada, y tampoco llega a ser una prioridad real. Lo religioso actúa como un agregado en la currícula que intenta cuidar la herencia fundacional a modo de máscara, pero en su interior no hay un efectivo desarrollo de una enseñanza religiosa. Entiendo por enseñanza religiosa aquella que cuenta con una buena formación filosófica y una apuesta a un pensamiento crítico que cuestione la misma religión enseñada. Lejos de esto, lo más común es una enseñanza repetitiva, de una memorización de fórmulas y conceptos, con casi una

sumisión a prácticas religiosas que no contagian. Si pensamos que la enseñanza religiosa asegura una maduración del sujeto en la vida de fe y que le facilita una decisión pensada de adherirse a un grupo religioso, nada de lo que hoy sucede en el interior de las instituciones de formación básica colabora en ello.

¿SIGUE SIENDO NECESARIA LA TEOLOGÍA EN EL SIGLO XXI?

Esta es una pregunta que no podemos evitar y que debemos intentar responder, al menos desde un acercamiento humilde y cauteloso, pero que nos exige a cada cristiano y cada cristiana, dar razón de nuestra esperanza acerca de la pertinencia de la teología. En primer lugar considero que cualquier autoridad eclesial, sobre todo dentro del ámbito académico y que se dedique a la formación teológica, tiene que sentirse muy interpelada por esta pregunta. Es la jerarquía eclesial (cardenales, obispos, sacerdotes) la que debe preguntarse si lo que siguen manteniendo como sistema formativo en teología, es eficaz para las exigencias de estos tiempos. Esto tiene que ver con que la formación teológica propiamente dicha es cuestión de sacerdotes y/o religiosas que muchas veces deben mantener el criterio de mantener la integridad de la institución, el cuidado de la Doctrina, y que pocas veces tienen la libertad de cuestionarlas. Tenemos casos de muchos hombres que sí cuestionaron y que han pagado las consecuencias (Leonardo Boff, Hans Küng), como también mujeres que han desarrollado una teología feminista y antipatriarcal que siguen siendo minimizadas (Ivone Gebara, Teresa Fourcades).

En un Iglesia Católica en crisis, donde cada vez es más cuestionado el celibato obligatorio para el sacerdocio, donde la mujer sigue siendo sometida a un lugar secundario, donde la vida religiosa es cada vez menos atractiva como camino de realización, donde también vemos una avanzada de un cristianismo evangélico unido a los poderes políticos unificados en una visión intransigente y conservadora, es urgente una autocrítica en cuestiones de enseñanza de la teología. Desde el Concilio Vaticano II la Iglesia entró en un continuo proceso de autoevaluación, luchando entre polos conservadores y liberales o progresistas, pero que nunca puede estar tranquila de haber alcanzado una autocomprensión que la pueda llevar a la estabilidad. Luego del retroceso que vivimos con los papados de Juan Pablo II y Benedicto XVI, el impulso de Francisco por una iglesia sinodal no ha tomado el tema de la formación teológica de los laicos y laicas como tema urgente. Si queremos un cambio sustantivo en la dinámica pastoral eclesial necesitamos hombres y mujeres formados en teología y que colaboren con sus intuiciones personales y comunitarias a una renovación continua de la iglesia.

Pero incluso en la vida cotidiana de las personas ¿qué lugar tiene la teología como disciplina académica que intenta dar luz a los desafíos de la vida cristiana? De alguna manera aún pervive entre nosotros la dependencia de la jerarquía en las cuestiones de fe. Sea por las prácticas sacramentales o por la necesidad del consejo o el acompañamiento espiritual, el laico/a se sigue percibiendo como dependiente de un sacerdote para recibir ayuda o consejo en materia de fe. Son muy pocos los laicos que aún se animan a desafiar las decisiones de sus pastores, o que se proponen una carrera teológica para comprender mejor su fe. Esto redundaría en una percepción infantil de la vida cristiana y que es lo que seguimos viviendo a la interna de la Iglesia. Y esto es una cuestión que parte de dos ideas: la primera, que la vida consagrada es aprendida como superior a la estilo de vida laical en lo que refiere al estatus sacramental, y por otro, a las pocas oportunidades de acceso a la formación teológica por parte de los laicos, lo que deriva en una cierta ignorancia en estas mismas cuestiones. Mientras los laicos no posean la formación necesaria para conocer

profundamente el don de la fe y su dimensión eclesial, serán siempre limitados en sus cuestionamientos acerca del proceder de la jerarquía.

Un ejemplo importante en este sentido es el que muchos laicos y laicas no tienen ni idea de que poseen el *sensus fidei*, que es el don de Dios concedido a todo/a creyente y que lo capacita para comprender su fe y sobre todo le ayuda en su discernimiento personal, para luego compartirlo en la comunidad. Mediante el *sensus fidei*, la persona que cultiva una vida espiritual de oración, de formación, de diálogo, de procurar vivir con cierta madurez, es guiado por Dios y con ello son muchos los laicos y laicas alcanzan una vida ejemplar y son valiosos testimonios de vida. Hago esta puntualización porque en la práctica pastoral concreta - insisto - los laicos/as estamos siempre dependiendo de los sacerdotes. Y esto sigue siendo así por falta de una formación teológica que nos capacite a los laicos a hacernos cargo de una forma más responsable de las cuestiones de la iglesia, pero que siempre está limitada por cuestiones de aspectos canónicos. Por eso considero que es necesaria una reforma en la educación teológica. Sin una reforma educativa la pregunta es muy difícil de responder, pero por eso prefiero plantearla en forma de cuestionamientos.

LA FORMACIÓN TEOLÓGICA INTERDISCIPLINAR

¡Qué riqueza sería para la iglesia que muchos cristianos y cristianas estudiaran teología y aportaran al discernimiento, unificando sus reflexiones realizadas desde sus profesiones elegidas! Hablo del aporte que puede hacer un sociólogo/a, un abogado/a, un maestro/a escolar, un mecánico/a, un ingeniero/a, un panadero/a, un artesano/a con una buena formación teológica. Hay varios campos de la existencia y de la teología que podrían enriquecerse en gran manera si fueran desarrolladas desde un pensamiento teológico laical. Lamentablemente aún seguimos estudiando teología sacramental del Matrimonio elaborada por hombres célibes, que siguen espiritualizando una realidad muy compleja y difícil, que solamente la conocen los casados. Lo mismo podemos decir de la teología espiritual que no logra ayudar a los jóvenes a optar por integrar a su proyecto de vida la amistad de Dios, la cercanía de Jesucristo. Pienso que la crisis de los matrimonios, la falta de jóvenes en la iglesia, como tantas otras caras de la misma crisis, tienen un inicio: la caducidad de una comprensión de la vida cristiana que no logra una actualización, una apertura a los desafíos actuales y que deben ser llevados a cabo por laicos.

Es por ello que un estudio serio de la teología debe incluir un necesario acercamiento a algunas disciplinas que colaboran en una mejor comprensión de las verdades de la fe y posibilitan una mayor comprensión del mundo actual donde debemos vivir. En primer lugar destaco el estudio de la sociología. La sociología ha colaborado históricamente a desentrañar los meandros de la teología hegemónica que ha colaborado con sistemas totalitarios que han limitado la libertad humana y que ha oprimido las conciencias. La teología desarrollada en varios momentos de la historia - y que hoy reflota en nuevos movimientos político-religiosos - ha justificado la autoridad religiosa aun cuando ésta ha actuado en contra de sus propios feligreses. Es un hecho que la sociología demuestra en sus estudios la necesidad de lograr comprender la construcción de normas sociales y culturales, y la descripción de ciertos comportamientos individuales y grupales que siguen siendo condicionados cuando las autoridades religiosas tienen una gran influencia en parte de los miembros de la sociedad. Hay grandes rasgos de alienación que deben ser desenmascarados que son aportes propios de la sociología y que le hacen mucho bien al estudio de la teología.

Lo mismo podemos decir de la filosofía que ya hemos adelantado anteriormente. En este sentido hoy es fundamental una filosofía que nos ayude a desarrollar la capacidad reflexiva que cuestione el orden político, social y económico existente. Aún más, es una exigencia desde una filosofía realizada desde Latinoamérica que lucha por ser una filosofía descolonizadora en su teoría, y liberadora en su praxis. La filosofía que procure darle herramientas al teólogo o teóloga actual, debe concientizar que sí, se podrán seguir utilizando ciertas categorías o conceptos filosóficos de la tradición, pero que nos exige una concreta aplicación de esas ideas a la realidad, si es que queremos actualizar el lenguaje teológico para que pueda iluminar la vida cristiana. Con ello, una teología cristiana que sigue siendo fabricada a partir de la filosofía helenística y medieval, debe ser superada. Y digo superada, no rechazada. Superada en colocar al hombre y la mujer en el mismo puesto ante el cosmos y recuperar el pensamiento femenino que ha sido históricamente descartado por una filosofía machista y patriarcal. La filosofía que colabore con la teología debería tener más rostro y voz de la mujer, de los negros, de los pueblos originarios, y de todos aquellos que han sufrido el silenciamiento de su voz a lo largo de la historia.

También es necesario un estudio detenido de la ciencia donde no podemos dejar de lado el gran aporte que ha realizado a los largo de los siglos y donde sigue cuestionado el lugar del ser humano en el conjunto de la creación. Por un lado debemos revalorizar los avances de las últimas épocas, sobre todo en la búsqueda de la vacuna contra el Covid-19, pero también en el campo de la Genética y la Inteligencia Artificial. De todos modos, desde el ejercicio del pensamiento crítico, no podemos dejar de marcar las limitaciones y los efectos negativos que carga la ciencia - al menos potencialmente - cuando es impulsada por intereses egoístas para favorecer a unos pocos a costas del sufrimiento de millones. Así como el feminismo es un reclamo de la creación y que bajo argumentaciones científicas, demuestra que la mujer fue sometida al hombre, de la misma manera hoy el planeta está en peligro por el sometimiento ejercido sobre la Tierra. Pero en esto insistimos que los males aparejados por la ciencia son consecuencia de una ignorancia planificada, que impide brindar los elementos suficientes de discernimiento. Junto a ello, la falta de empatía en la mente de los que dominan el mundo, no buscan favorecer a la humanidad. Otro tema es la situación de los científicos esclavizados a trabajar para servir a empresas capitalistas y no en favor de la ciencia.

Por eso también es muy necesaria una formación ética para que los teólogos y teólogas asuman un compromiso moral con la humanidad. Quien sea llamado a servir desde la teología está invitado a ser un “despertador de conciencias” para lo cual su vida debe ser coherente con la fe profesada y con los pensamientos elaborados. El teólogo está llamado a una continua purificación de aquellas inclinaciones egocentristas que se le adhieren del mundo, para prestar un servicio donde sea capaz de hacer escuchar la voz de Dios que se revela en su interior y que ha resonado en la comunidad eclesial, en comunión con el contexto cultural. Visto así, pareciera una tarea titánica, pero no podría ser de otro modo. Un ejemplo es el tema de la identidad de género, que sigue siendo polémica y que sigue causando división a la interna de la iglesia. Hay tantas voces disímiles que muchos cristianos que no saben bien qué pensar. Partir de la realidad, tomar los aportes de la ciencia, exige una madurez ética en pos de cuidar a la humanidad, sobre todo cuando venimos de un cristianismo que ha moralizado la vida cristiana, convirtiéndola en una exigencia de comportamiento. Con ello se ha demonizado las relaciones sexuales, cuando sabemos que es una de las expresiones más hermosas del amor que, como parte del crecimiento humano, tiene sus aciertos y errores, pero que siempre nos van llevando hacia Dios. Históricamente el cristianismo ha sido más la religión del “no” que del sí: sí a la vida, sí al amor, sí a arriesgarse a vivir, sí a buscar juntos un camino. En fin: sí a un Dios-amor que nos acompaña en todo pues conoció las dificultades de la vida.

PLURALISMO RELIGIOSO E INTERCULTURALIDAD

Toda persona que sienta el llamado a llevar una vida de estudio y producción teológicos, debería prestar cierto juramento ante la necesidad de apostar al respeto y promoción del pluralismo religioso. Si bien desde hace muchos años - sobre todo luego del Concilio Vaticano II - la teología ha sido cuestionada tanto por las religiones históricas como por los nuevos grupos o movimientos religiosos, estamos en una época de un cierto retroceso. Grupos fundamentalistas han copado la escena que ha sido descuidada por las religiones históricas que adolecen de líderes fuertes y visibles. La llamada “tolerancia religiosa” malentendida, deviene en ignorancia sistemática que la entiende como aprender a “soportar” o “aguantar” lo diferente. Con ello muchos grupos religiosos que, si bien conviven, no son capaces de generar un diálogo constructivo en favor de todos. Debemos trabajar en una apertura respetuosa a los movimientos y comunidades religiosas pero guardándonos el derecho a dudar de que algunos de ellos puedan no ser verdaderos caminos de realización humana y que reditúen en un mundo más plural. Sabemos que la pluralidad enriquece pero no hay claridad acerca de sus alcances o sobre la manera de vivirla más constructivamente.

Varios son los teólogos que hacen años advertían al universo teológico católico la necesidad de trabajar sobre la conciencia del pluralismo religioso (Jaques Dupuis, Raimon Panikkar) y en Latinoamérica se fue formando junto con la Teología de la Liberación, un grupo de teólogos y teólogas que se fueron metiendo en la misma dinámica (Paul Knitter, Marcelo Barros, Faustino Teixeira, Diego Irrázaval). En este último tiempo es de destacar la propuesta del teólogo y pastor metodista brasileño, Claudio de Oliveira Ribeiro, que viene contribuyendo a través del *principio pluralista* como una nueva forma de interpretar la realidad desde sus diversos aspectos para lograr desarrollar una mejor comprensión de la dinámica ecuménica, a partir del posicionamiento desde la alteridad. O el caso del teólogo -también brasileño - Marcelo Barros con sus estudios y aprendizajes desde el contacto y la convivencia con las religiosidades de matriz africana. Dimensionar las limitaciones de una reflexión ego-centrista (desde el blanco católico europeo) hace posible a una apertura integradora desde el otro (el negro, el indio, el indígena, etc.), a partir de una mediación teológica que intente hacer visible los grupos que no entran en el esquema del mundo que normalmente planteamos. Es mucho más que superar la mera inclusión desde el rol activo. Se trata de ser incluidos desde la cosmovisión y religiosidad de los otros, desde un lugar pasivo, secundario, dejándonos enseñar por los demás grupos religiosos.

Esta conciencia de un nuevo paradigma teológico, el del pluralismo religioso, implica que la teología cristiana salga del lugar principal, se saque el traje de autoridad ante el mundo, y se coloque al servicio humilde de construir una nueva forma de conexión de aquellas ideas que construyen a la humanidad. Esto también implica abrirse a la *interculturalidad*. Lo que sostenemos acerca del pluralismo sucede en lo que refiere a las diversas culturas: lo que más se percibe es una cierta tolerancia, un cierto convivir entre distintos/as, pero aún nos queda un largo camino a recorrer para que las culturas puedan dialogar, intercambiar y enriquecerse mutuamente. Sobre todo en Latinoamérica seguimos sufriendo la discriminación por causas culturales, y vemos que, aún en estos tiempos, seguimos siendo testigos de la imposición del pensamiento europeo sobre el pensamiento indígena, africano u oriental. La interculturalidad es una emergencia hoy más que nunca, un imperativo universal que nos obliga a repensar la formación que seguimos recibiendo y sobre todo, en la enseñanza teológica, rediseñar los programas que siguen generando la conciencia de un cristianismo con aires de superioridad ante las demás culturas y religiones.

Una enseñanza teológica intercultural debe integrar en su formación las verdades de fe reveladas también a los demás pueblos y naciones, desde el mismo pueblo de Israel hasta las diversas culturas ancestrales existentes en los demás pueblos. Existen tradiciones históricas que acuñan un hermoso saber cultural, filosófico y religioso que muchas veces son totalmente ignorados por la gran mayoría de los teólogos que siguen estudiando la teología hegemónica e imperial propuesta por el cristianismo. El monoteísmo judío que dió paso al cristianismo, junto al influjo del monoteísmo islámico, siguen dificultando la aceptación y la integración activa de las tradiciones religiosas africanas, la sabiduría de los pueblos originarios, así como la larga trayectoria de las filosofías orientales que nutren el panorama mundial. Ni siquiera es aceptado como riqueza el mestizaje en el cual vivimos y que ha impregnado la historia latinoamericana con aportes que nos posibilitan una nueva concepción del hombre y la mujer, de Dios, no solo como Padre sino también como Madre, y del mundo como el lugar de la realización, donde ya está implantado el Reino que anunció Jesús. Quien quiera estudiar teología debe percibir el colonialismo mental y cultural que aún nos ciega y que sigue privilegiando el logos y despreciando el mito, desde la misma antigüedad griega, para rechazarlo purificándolo y luego integrarlo a un todo mucho más amplio que él.

POR UNA TEOLOGÍA CONSTRUCTORA DE DEMOCRACIA

Vivimos épocas donde los valores democráticos están en crisis, donde dudamos de que lo que estamos viviendo en muchos de nuestros países latinoamericanos sean regímenes democráticos. En la actualidad, la democracia más extendida es la representativa entendida como sistema de gobierno en donde la participación popular –el accionar del pueblo- tiene una moderada incidencia en las decisiones políticas, pero que se fundamenta en la elección de su representantes en el gobierno. Esto colocaría al pueblo como el sujeto del universo político, el sujeto activo que decide e incide en la vida política de una nación. Claro está que esto no sucede, no sólo porque los representantes actúan en lugar del pueblo, pero sobre todo la realidad nos muestra que en muchos casos el pueblo no es escuchado. Por lo que la eficacia de la democracia - y pero aún su veracidad - como sistema de gobierno, sigue en el plano de la indefinición y la incertidumbre. En medio de ello, la institución Iglesia sigue siendo entendida de forma piramidal, a modo de una monarquía, lo cual le resta autoridad a la hora de sus críticas al sistema. Si queremos colocarnos como ejemplo primero debemos cambiar nuestra forma de vivir y experimentar la fe, para luego proponer un cambio en el mundo.

En este tiempo donde las comunicaciones vuelan a una velocidad nunca antes vista, el fenómeno de la globalización nos ha sometido a vivir en un mundo donde todo pareciera ser igualmente aplicable, sin importar el lugar en donde estemos. Desde nuestros dispositivos tecnológicos podemos acceder a una visita virtual a cualquier parte del mundo y podemos tener en pocos días un producto comprado en cualquier parte del mundo, a través de diversas plataformas. En este sentido podemos sufrir una especie de esquizofrenia que determina nuestros comportamientos cotidianos a raíz de la incomprensión del fenómeno de la globalización. Por un lado afirmamos la necesidad de partir desde nuestros contextos geográficos, el respeto a las tradiciones culturales de nuestros países y regiones, pero por otro, no podemos luchar con un enemigo a escala mundial que intenta meterse en lo más profundo de nuestra conciencia, intentándonos convencer que debemos ser “ciudadanos del mundo”. La digitalización de la vida nos empuja a navegar cada día en una marea de estímulos que nos distraen y nos quitan la posibilidad de ocuparnos de las cuestiones políticas más cercanas.

A partir de esta constatación percibimos la gran contradicción existente en la enseñanza de la teología tal y como se sigue planteando hoy. Por un lado, la formación democrática requiere el libre uso de la libertad de elección, que permita a cada ser humano su realización personal y que incluya la comunidad a la que pertenece, como también la defensa de los Derechos Humanos que incluyen la libertad y el respeto de la conciencia. Por otro, la formación teológica ejerce una limitación de las posibilidades del sujeto que la estudia de realizar críticas correctivas y constructivas del sistema religioso aprendido. Sin duda que hay una primera elección en esta decisión - la de estudiar teología católica, por ejemplo - pero si esta teología quiere promover la *universalidad* que está como supuesto fundamental, debe entrenar justamente en la práctica democrática del diálogo, del consenso, de la cooperación mutua en el resolución de los problemas de la religión en cuestión, como parte del entramado humano. Y sabemos muy bien que poco puede cuestionar su propia fe un teólogo o teóloga sin que corra el riesgo de ser sancionado/a.

Si desde la catequesis enseñamos a nuestros niños y niñas a la obediencia, si la preparación a la adultez cristiana sigue siendo la enseñanza de las fórmulas y los símbolos de la fe cristiana, con inducción a un sacramentalismo reiterativo que lejos está de la vida real, no estamos en un buen camino. Si la enseñanza teológica quiere ser más efectiva en cuanto a la construcción de valores democráticos, debe incluir una teología política que revele el sistema de opresión que ha marcado nuestra historia y donde la alianza religión-política ha sido uno de los daños más grandes ocasionados a la humanidad. La denuncia profética de teólogos como Johann Baptist Metz en Europa o de Gustavo Gutiérrez en Latinoamérica, no sólo incluyeron el desenmascaramiento del sistema económico y político que sometió a las masas indefensas, sino que fueron críticas a la misma mentalidad religiosa que, activa o pasivamente, por acción u omisión, fueron cómplices y responsables de la muerte de muchos de nuestros hermanos y hermanas. La teología debe estar siempre del lado del oprimido, del que sufre, del excluido y denigrado, si quiere ser fiel a Jesús de Nazaret.

LA URGENCIA DE LA TEOLOGÍA FEMINISTA

En un mundo dominado por los hombres, sigue siendo muy preocupante el lugar de la mujer históricamente sometida y colocada en un lugar de inferioridad. Ya son inaceptables las teologías que se fundamentan en el primer capítulo del libro del Génesis: de una mujer que fue creada desde y para el hombre. Esta relación de dependencia unívoca no tiene ningún fundamento pero lamentablemente sigue estando presente en la reflexión teológica. Incluso la teología paulina que llama a la mujer a la obediencia al varón, y del varón a Jesucristo, ha dado pie a toda clase de atrocidades. Quizá en la teoría muchos teólogos varones han sido capaces de intentar revertir esta situación, también escuchando a muchas teólogas que insistentemente denuncian esta situación, pero en la praxis de la fe cotidiana no se percibe lo contrario. El accionar de la Iglesia institucional sigue colocando al varón como el único capaz de responder al llamado de Dios a servir como sacerdote, en una vida entregada al servicio, donde incluso se le impone el celibato como norma, tan cuestionado y difícil de llevar a la práctica.

Si bien el papa Francisco intenta llevar adelante cierta reestructura en la forma piramidal que aún tiene la iglesia, aún falta mucho. No basta colocar a una teóloga como Emilce Cuda en un lugar de consejera de las Iglesias particulares dentro de la Comisión Pontificia para América Latina. Es necesario otorgarles lugares estratégicos a muchas mujeres que dentro de la Iglesia abogan por un reconocimiento real de la mujer, no sólo dentro de la Iglesia actual, sino que también en la historia de la Salvación. Digo que este

acto del Papa no basta, pero es una buena señal, nunca antes vista en la Iglesia. De todos modos, son muchas las teólogas feministas que han decidido ser duras pero muy sinceras en describir la situación de sometimiento de las mujeres. La teóloga feminista Elizabeth A. Johnson refiere a la necesidad de una justicia bíblica que retoma las diversas imágenes de Dios cargadas de femineidad que revela la capacidad del cuidado amoroso hacia el ser humano. También es fundamental el lugar de la mujer en el accionar de Jesús como parte del grupo primero que recibe sus enseñanzas, así como fueron ellas las primeras testigos de la resurrección. Esto sin nombrar que de una mujer - María - nos vino la Salvación.

En este sentido muchas son las teólogas como Ivone Gebara, María Pilar Aquino, Elsa Tamez, María José Caram, Rosa Ramos, entre tantas otras, que desde un estudio serio y profundo unido a un compromiso social y eclesial militante, abogan por reivindicar el lugar de la mujer en la Iglesia y la sociedad. Esto implica que los hombres de Iglesia renuncien al patriarcado tan arraigado que tanto mal nos sigue haciendo, pero que también implica una nueva conciencia planetaria. A los hombres nos falta mucho para reconocer que sin la mujer, tanto dentro de la religión como en el centro de la sociedad, ni siquiera nosotros mismos existiríamos. La mujer ha sido capacitada en su naturaleza para traer la vida al mundo y eso ya la coloca en un lugar de primacía. Nos entristece seguir siendo testigos de la superioridad con la que se mueven los hombres dentro de la Iglesia, cuando siguen siendo las mujeres la gran mayoría y que la sostienen y enriquecen con una religiosidad que engendra vida, en oposición de una masculinidad que basada en un rigorismo legalista, promueve la obligación y el cumplimiento, algo muy lejano de la enseñanza evangélica.

El mal del patriarcalismo sistémico existente, y que también es promovido por las enseñanzas de la Iglesia, mantiene la costumbre de la sanción a todo intento de reclamo de los derechos de la mujer, lo que nos revela el miedo que deviene en cerrazón e ira ante las voces femeninas que cada vez gritan con más fuerza. Los males sociales del feminicidio, el mercado de la pornografía y la prostitución, la poca posibilidad que tienen las mujeres de llegar a cargos políticos de decisión, siguen mostrando la conveniencia de esta situación. ES una necesidad del sistema patriarcal mantener a la mujer bajo control, sometida al hombre, dominada por él, para mantenerla limitada de los reclamos que muchas quieren presentar ante el mundo. Son varios los mecanismos culturales que siguen socavando la posibilidad de las mujeres para que puedan desarrollarse en una total libertad y que sus derechos sean reconocidos. La lucha de la teología feminista tiene la capacidad de incluir en su lucha a los grupos que históricamente han sido discriminados por cuestiones de género, raza o clase, y por ello se autoconcibe como una teología inclusiva, donde de nuevo se remarca el talante del cuidado propio de la mujer. Incluso ellas promueven el eco-feminismo revelando las características femeninas de la Tierra y la necesidad de su defensa.

CONCLUSIÓN: UNA EDUCACIÓN TEOLÓGICA A FAVOR DE LA JUSTICIA SOCIAL

Llegando al final de este escrito donde hemos expuesto alguno de tantos aspectos que deben preocupar a quien quiera dedicarse al estudio de la teología, queremos simplemente reafirmar el primer llamado realizado al inicio: hacer teología es una cuestión de sentir el llamado a servir a la humanidad y de purificar nuestra comprensión de Dios. Y como muchas veces esta comprensión sirvió a la jerarquía para dominar a la feligresía, debemos revisar el modo y la finalidad del estudio de la teología en la actualidad. La situación del mundo actual y de la iglesia hace necesario un debate acerca del tema. En esto, tiene un lugar fundamental la opinión de los laicos y laicas que quieran dedicarse a la teología y proponer cambios efectivos para una Iglesia que camine hacia un discipulado

más comprometido. Las estructuras actuales del universo teológico no permiten que el laicado tenga reales posibilidades de contribuir a la reflexión, mientras la propuesta académica siga en manos únicamente de la jerarquía sin tomar en cuenta las dificultades que presenta esta estructura para hombres y mujeres de familia, y los jóvenes que puedan ver en el estudio teológico un camino de realización.

Si la teología quiere estar a favor de la justicia social debe comenzar por cuestionar si su forma actual de enseñanza y aprendizaje promueve valores de justicia, y si toda persona que quiera estudiar tiene los mismos derechos y posibilidades. Y por todo lo expuesto aquí, de forma clara y sencilla, vemos que esto no se cumple. La teología sigue guardando un cierto halo de oscurantismo al público en general. En lo que respecta al laico son pocas las posibilidades de una preparación de nivel profesional que promueva la enseñanza e investigación debido a las pocas posibilidades que tenemos por nuestra opción de vida, sobre todo lograr vivir de la teología. Tenemos el desafío de generar espacios de estudio, reflexión y producción académica desde el lugar de la mujer y el hombre laicos y para ello necesitamos de mucha imaginación profética. Denunciar esta situación de injusticia ha sido el propósito de este trabajo, ahora nos queda la responsabilidad de crear dichas posibilidades para que nuestros prójimos puedan dedicarse a ella. La teología del siglo XXI, así como el futuro de la Iglesia, está directa y proporcionalmente unida a las decisiones que los laicos y laicas tomemos.